

Retrato hablado de José Lezama Lima

Eliseo Alberto

Para Antonio José Ponte

José Lezama Lima (1910-1976), poeta universal del siglo XX cubano, apenas habitó dos casas en sesenta y seis años, y sólo viajó tres veces al extranjero —de niño a Estados Unidos y de adulto a México y Jamaica. Al recordarlo, desde la admiración, no puedo dejar de preguntarme si será cierto que a la hora de sentarnos a relatar la historia de nuestros pueblos huérfanos, al menos las versiones emocionales de lo sucedido, la contundencia de la *verdad* resulta más importante que la vibración del *mito*. La vida y la obra de Lezama, Peregrino Inmóvil, logran un equilibrio en apariencia imposible: desde el descubrimiento mismo de su vocación literaria, hechizo que habría de convertirlo en su propio talismán, su ídolo vanidoso, el escritor Lezama Lima enclaustró al hombre José entre cuatro paredes de verbos y sonoridades; esa sumisión, sin embargo, fue estímulo suficiente para realizar la hazaña de proponernos un mundo tan deslumbrante como real, una Cuba, una Habana, un espacio donde la imagen debía adelantarse a los hechos, en la convicción de que la poesía también era carne en el banquete sensorial de lo que aún llamaban patria, sin sobredosis política. “Yo que no sé decirlo: la República”, dijo mi padre —y lo repito yo, que tampoco puedo. La primera vez que Lezama cruzó el horizonte (esa cruel frontera de las ínsulas, por donde llegan o salen nuestras desgracias) fue en 1918 y por una corta temporada porque la mala suerte les cortarían el paso en una bahía de aguas profundas. Su padre, el coronel José Lezama Rodda, oficial de academia, moriría en Pensacola, Florida, a la altanera edad de treinta y tres años. Desde esa traumática experiencia, Lezama tendría pánico a salir de la isla; en heroica consecuencia, decidió entonces cargarse el mun-

do en los bolsillos. Lejanía y tragedia serían las dos cartas más temidas de su tarot personal. “El único viaje que me tienta será el que emprenda saltando como un conejo de constelación en constelación”, me dijo en la sala de su casa, mientras la noche nos invadía, y no pude evitar una sonrisa al recrear la escena contra la pantalla de la luna.

“Es que hay viajes más espléndidos: los que un hombre puede intentar por los corredores de su casa, yéndose del dormitorio al baño, desfilando entre parques y librerías”, diría en otra ocasión al novelista argentino Tomás Eloy Martínez: “Casi nunca he salido de La Habana. Admito dos razones: a cada salida empeoraban mis bronquios; y además, en el centro de todo viaje ha flotado siempre el recuerdo de la muerte de mi padre. Gide ha dicho que toda travesía es un pregusto de la muerte, una anticipación del fin. Yo no viajo: por eso resucito”. De regreso a la isla, el niño Joseíto (así le llamarían siempre las muchas mujeres que pastorearon su vida) fue a vivir al mejor de los sitios posibles: la mansión marcada con



© Cinolope



Arístides Fernández, *Tres figuras en el campo, s/f*

el número 9 del Paseo del Prado. Allí (el *Paradiso*) leería a Cervantes, a Platón y a Goethe, tres de los dioses que habrían de acompañarlo siempre. Por entonces, Cuba se estaba inventando a sí misma. La Habana se meneaba. Nuestra corta experiencia republicana se estremecía de sorpresa en sorpresa. Un habanero sonriente arrebató el trono del ajedrez a un filósofo alemán, tres santiagueros pusieron a medio mundo a cantar sones, los estudiantes aprendieron a protestar en las plazas públicas, un camagüeyano editó *Sóngoro cosongo*, las prostitutas francesas pretendían reinar entre mulatas y, en prueba de amor, los chulos se mataban a balazo limpio a la salida de los bares. Un refrán amargo atestigua que la alegría dura poco en casa del pobre. En 1929, todo espejismo de prosperidad se vino abajo por la crisis mundial del capitalismo y la madre de Lezama tuvo que mudarse con sus hijos al hombro a una vivienda más humilde, a dos cuadras del Prado: Trocadero número 162 — “en la acera de enfrente de las ramerías prodigiosas”. Vivía en el ombligo del pecado.

Trocadero número 162 era una casa a pie de acera con un pequeño patio interior, dos cuartos enanos, una cocina manchada por los humos del kerosén, un oscuro comedor y una sala luminosa que se abría a los pregones de la calle por dos ventanas de hojas anchas. Lezama instauró allí su reino personal, la fortaleza que habría de abrigarlo ante el desencanto y las ráfagas de la soledad. Un ejército de mujeres cuidaría de él, día tras día y noche tras noche:

la madre, Rosa Lima Mercado, la nodriza Baldomera, sus hermanas Rosa y Eloísa, su esposa María Luisa Bautista. Ellas eran sus guardianes. Sus Amazonas. A manera de escudos de armas, los cuadros comenzaron a dignificar las paredes. Los libros invadían la estancia. Rodeado de Habanas y habanos, envuelto en el humo de su leyenda, el poeta pisaba sobre la alfombra de las carátulas e iba apisonando los libros en el suelo, como pateaba un balón el elefante del circo. Escribía a mano sobre una tabla que colocaba entre los brazos de un butacón señorial. Una tabla de maderas crudas donde (si no me equivoco) se leía el logotipo de una marca de cerveza. Una de tres: oso polar, perfil taíno, una cabeza de lobo. Las cuartillas garabateadas caían al piso, otoñales. El fuego consumía el tabaco en el cenicero y a medida que la ceniza ganaba en longitud el puro perdía equilibrio e inclinaba la balanza hacia la punta de la embocadura ensalivada. Así lo recuerdo, descifrando los complicados jeroglíficos de su poética monumental sin pedirle nada a nadie, salvo a Dios (¿será?) para que el asma no viniera a romper el mágico momento en que sus delirios encontraban las palabras justas con las cuales debía elaborar una particularísima y de nuevo indescifrable revelación. Presumía tres tesoros en la sala: un busto de José Martí, un búfalo de jade y una limosnera argelina. Debe ser un disloque de mi memoria, lo reconozco, pero aquella casa siempre me olió a barbería. A fragancia. Lezama no encajaba en ninguna de las categorías más contagiosas de *lo cubano*. Abogado de carrera,

Mariano Rodríguez, *Gallo*, 1956

nunca fue músico ni bailarín ni boxeador ni pelotero ni abakuá ni tiratiro ni buen amante ni alardoso ni loca de carroza ni experto en dominó ni borracho ni bromista ni mira huecos ni sandunguero ni comecandela ni mujeriego. Sólo poeta, oficio devaluado. De joven, era un notable caminador. Los amigos lo evocan por las calles de librerías y comercios (Obispo, por ejemplo, La Manzana de Gómez, Arcos de Belén, Neptuno, Galeano), marcando el paso al ritmo de los ahogos del asma. Aquellas excursiones por los laberintos de la vieja ciudad se fueron espaciando poco a poco, a medida que la realidad le iba dejando de interesar y prefería refugiarse en un mundo, el suyo, donde se sentía a gusto, dominante y, en lo que cabe, temerario; un universo conformado a partir de la lectura, la sabiduría y la resignación. “He recordado mucho, hasta convertirla en vivencia, la frase de Nietzsche en el *Zarathustra*: el desierto está creciendo. Qué frase para los tiempos que corren”, confiesa a su hermana Eloísa en una carta de 1963: “Es el desierto, el desierto que crece indeteniblemente... Si no hay libertad no hay posibilidad, no hay imagen, no hay poesía. Si no hay libertad no puede haber verdad”. El 1º de enero de 1966 (“por la mañana, con menos frío”) pone al correo otra carta, ésta para su hermana Rosita: “Yo vivo en la eternidad, en lo que queda al pasar por el espejo. Precisamente lo que no tengo es lo que poseo, el latido de la ausencia... Dicha grande decía en su diario Martí. Sufrir tiene también su dicha, es como si nos desgajásemos y apareciese el ramaje nuevo”.

Ramaje. Si antes visitaba a los amigos, de casa en casa, desde mediados de los sesenta cambió de estrategia y comenzó a preferir que los amigos fueran a él, por él, un recurso que le permitía filtrar los afectos, depurarlos, elegirlos. A lo largo de su sedentaria existencia, Lezama fue engordando con tanta progresión que, camino a la muerte en el hospital “Calixto García” de La Habana, los enfermeros debieron sacar la camilla por esa única ventana pues, se dice, el poeta no cabía por la puerta. Había llegado La Hora o La Mudada, como a él le gustaba decir; con cierto tiempo de antelación, tuvo a bien elegir la frase que, tallada en mármol, alumbraría su tumba: “El mar violeta añora el nacimiento de los dioses/ porque nacer es aquí una fiesta innombrable”. La fiesta era la eternidad; la ausencia, otro (re)nacimiento. En el segundo mismo de su muerte, comenzó su multiplicación. El fantasma del poeta que mejor entendió los misterios de una Cuba desarraigada y raigal, improvisada y profunda, volaba libre entre los espejos de la gran literatura. Destellaba equívocos.

Los que tuvimos la dicha de conocerlo, y adorarlo, nos fuimos robando una a una sus muchas imágenes posibles. Las secuestramos. En este caso, quiero pensar por consuelo, el saqueo es homenaje. Esa dispersión de sus reflejos debe ser una broma que Lezama ideó risa a risa desde su diminuto claustro habanero, como un duende travieso que decide dejarnos en herencia una enorme confusión. La confusión puede ser un camino hacia la claridad o la transparencia. Yo malcrío tres recuerdos, entre muchos



Wifredo Lam, *Dolor de España*, 1938

que presumo de nuestra casi familiar relación: uno (suma de varios domingos) en Villa Berta, el segundo en la terraza de la revista *Cuba Internacional* (*Reina y Lealtad*) y el tercero en la salita de Trocadero. Mi padre había comprado un juego de cróquet en la tienda “El Encanto”. Cortó el césped del jardín hasta dejarlo pelón, sembró los aros de alambre e invitó a los amigos a un primer torneo. El bastón de madera parecía un palo de golf en las enormes manos de Lezama. Los otros contendientes deben (pueden) haber sido Cintio Vitier, Roberto Fernández Retamar, Octavio Smith, Julián Orbón, Anabelle Rodríguez, Mario Parajón, tal vez Francisco Petrone (hay una fotografía suya en el campito) y Agustín Pi, sin duda el más calificado para los deportes de bajo rendimiento. Papá explicó los principios del aristocrático pasatiempo. Era tramposo. Exquisitamente tramposo. Sus hijos lo sabemos bien. No era que le entristeciera la vencida: es que perdía la compostura ante la posibilidad de una derrota (vil) y era capaz de trocar las reglas con tal de imponer la norma en la que, en determinadas circunstancias, la rendición podía considerarse una victoria, al clásico estilo del gana-pierde infantil. Pero más mañoso era Lezama Lima, notable ejercitador del disimulo y el arte del eufemismo: al menor descuido de los contendientes, acomodaba la pelota con una patadita discreta, para recolocarla en un ángulo propicio y asegurar el toque maestro, elegante, y la consecuente conquista del cetro imaginario —breve levitación de aplausos en la banca de las porristas, presidida por las hermanas Bella y Fina García Marruz, delgadas y juguetonas. Lezama no paró de hablar durante la ronda inicial,

con lo cual aseguraba que sus adversarios perdieran la necesaria concentración. Así establecía complicadísimos vasos comunicantes entre los versos del Conde Lautréamont y “el alma llena de lágrimas no lloradas de Dostoyevski” o entre parlamentos de Shakespeare (“los hombres no son dioses y por eso no tenemos derecho a pedirles siempre ternura”) y alguna barrabasada de su propia cosecha (“¿alguna vez se ha preguntado, estimado Eliseo, por qué no ha variado la forma del barril de vino?”), al tiempo que los abrumaba con datos tan improbables como aquél de que el corazón de un canario da sesenta mil latidos por minuto y el del elefante apenas veinticinco, uno de sus disparates preferidos (a manera de homenaje, armo los diálogos reales, hoy imaginados, con fragmentos de sus textos. Para ellos, la palabra era una, hablada o escrita). “Mi espíritu, como el de Montaigne, no se mueve si no lo agitan las piernas”, proclamaba al acercarse a un nuevo aro. Papá se defendía: “Lezama, Lezama, nunca está de más un poco de humildad”. Octavio limpiaba con un pañuelo los cristales de sus espejuelos. Roberto hacía equilibrios en la punta del pie, pendiente de la silueta que el sol sombreaba en el césped. “¡Persigo la imagen en su devenir!”, exclamaba el autor de *La expresión americana*. El autor de *En las oscuras manos del olvido* se sacudía de hombros, como Toshiro Mifune en una película de Akira Kurosawa: “No olvide, señor Lezama Lima, que los romanos desconocían el jabón de afeitar y siempre estaban encomiablemente rasurados”. Cintio buscaba la armonía, la paz, y cedía razón a uno u otro orador, repartiendo elogios a partes iguales. “Atiendan, caramba: el partido reserva los mejores momentos para el postre”, decía a la concurrencia. Tomadas de las manos, las hermanitas García Marruz bailaban tap en el borde de la fuente. Creo que ganó Julián Orbón, a pesar de su miopía. ¿O Mario Parajón, también miope? ¿O tal vez el amable Agustín Pi, casi apenado ante la humillación de los poetas? Fue un lindo domingo. Nunca los había visto tan niños. Más niños que yo.

El segundo recuerdo me lleva a la casona con aires de palacio francés donde radicaba la revista *Cuba Internacional*. El fraterno Manuel Pereira nos dijo, rebosando orgullo: “El Peregrino Inmóvil aceptó la invitación”. Había convencido al maestro para que diera una conferencia a los trabajadores de la publicación, una pequeña tropa de locos periodistas y fotógrafos que lo admirábamos sin reserva. Por aquellos días, y aún por éstos, nada nos enamoraba más que la belleza y la inteligencia. Veo en la sala a Antonio Conte, Iván Cañas, Reinaldo Escobar, Agenor Martí, Olga Fernández, Pirole, Ciro Bianchi Ross, Minerva Salado, Ernesto Fernández, José Antonio Figueroa, ¿Norberto Fuentes?, nuestro querido Baltasar Enero, también llamado *El Conde de Eros*, Rosario Suárez, mi esposa de entonces, y el negro Cuní, conserje silencioso. Los nombro para sacarlos de mi corazón y para que me

vuelvan a acompañar un rato, como en los viejos tiempos de la inocencia. Lezama ocupó su trono (la silla más sólida), ordenó una montaña de papeles manuscritos y consumió unos segundos fatigosos antes de anunciar el tema de la charla. Creo que presentía un próximo ataque de asma. “Amigos”, dijo arrastrando las sílabas, “vamos a hablar de José Martí”. Desde el fondo del salón yo calculé el grosor de aquella loma de hojas y asumí que, dado el resaca del asma, la lectura demoraría unas dos horas y media, así que me acomodé el esqueleto sobre la loma de revistas que me servía de banqueta. Crucé las piernas. Rosario puso su mano en mi rodilla izquierda; en una particular clave morse me telegrafiaba paciencia. Luego de otra pausa perezosa, bien calculada, Lezama cargó los pulmones y dijo en suave soplo: “Amigos, amigas... Martí es un misterio que nos acompaña. Muchas gracias. ¿Alguna pregunta?”. Eso era Todo. Todo con mayúscula. Carajo: aún no había terminado de estirar los huesos. Pereira comenzó a aplaudir. El poeta sonrió de oreja a oreja. El silencioso Cuní pasó con la merienda: refrescos y panetelitas borrachas. Ovación. *Fin de escena. Todo a negro.*

En el tercer recuerdo que a solas mimo, Lezama y yo conversamos en presente histórico sobre las dimensiones del mundo y las travesías de la imaginación (pregunto por su visita a México y dice que eso puede considerarse “una escaramuza”); al final de la velada, como acordamos de antemano, le leo mis poemas de juventud. Horribles. “Diciembre” y “1969”. “Recostado está el taburete en el rincón amarillo”. Leo. Leo. Lezama mordisquea el habano. Me inquieta. La ceniza nieva en el bolsillo de la guayabera. Leo: “Poesía es el silencioso crecer del árbol hacia los sputnik”. Por el filo de la ventana, entre metáfora y metáfora, veo pasar chancleteras con pañuelos. En algún momento de la tertulia, dejo trunca la lectura, abrumado por la sospecha de que el poeta se duerme en el sillón. Los párpados le pesan, los dedos de la mano tamborilean en el aire como si solfearan una de esas tonadas venezolanas que Julián Orbón les ha enseñado a querer en su piano caballeroso. Lezama dice por cumplimiento de perdonavidas: “Joven, hay una novela en sus versos”, y muy a su manera mata de una sentencia dos pájaros de un tiro: “De usted y el azafrán de sus lecturas depende que sea buena la paella. México pasó. El único viaje que me tienta será el que emprenda saltando como un conejo...”. Fin del espejismo. Esa tarde me dedicó un ejemplar de *Enemigo rumor*, edición príncipe: “Para Eliseo Diego (hijo), que a su vez será padre de poetas, pues su poesía nace en el reflejo lunar de la osteína, que se hereda (ilegible) y siempre fructifica”. Nunca he querido averiguar qué significa la palabra osteína. Me fui con una impresión grata: la casa olía a fragancias de barbería, pero la camisa de Lezama, a pan blando.

Los extremistas políticos hoy se disputan su reclutamiento y tiran de su cuerpo hacia la izquierda o hacia la



Wifredo Lam, *La mujer del cabello largo*, 1938

derecha, con idéntico desparpajo. Para unos fue una víctima, para otros un héroe. Un perseguido o un adelantado. Un ermitaño o un maestro. Un poeta oscuro, un hombre lúcido. Un demonio bueno. Un demonio malo. ¿Paraíso o infierno? Quizá *la verdad* más cercana a *la verdad* sea la suma de todos esos malentendidos. Su imagen (“la sombra proyectada en la pared”) no tiene antecedentes en la galería de los intelectuales cubanos de cualquier siglo porque en su nítida singularidad se consume el legado. Lezama sólo trasciende en Lezama: ésa es su grandeza. Su irrepetible, irradiante presencia. No dejó herederos ni imitadores. Fue la excepción que confirmó las reglas de un certamen de representaciones en el que él nunca participó, aunque le gustara comentar los arañazos y traspies insensatos de los buscadores de fama. Un día le preguntaron qué era lo que más admiraba en un escritor: “Que maneje fuerzas que lo arrebaten, que parezca que van a destruirlo. Que se apodere de ese reto y disuelva la resistencia”, dijo y encendió la mecha de una bomba con la candelilla del tabaco: “Que destruya el lenguaje y que cree el lenguaje. Que durante el día no tenga pasado y por la noche sea milenario. Que le guste la granada que nunca ha probado, y que le guste la guayaba que prueba todos los días. Que se acerque a las cosas por apetito y que se aleje por repugnancia”. Tal vez ésa sea su gran enseñanza. ■

Capítulo del libro *Dos Cubalibres*, en proceso de edición. Para acompañar tanto este texto como la breve antología de poetas cubanos en México preparada por Odette Alonso, elegimos para nuestros lectores una muestra de pintura cubana del siglo XX.